

Durante uno de sus paseos por los alrededores de Cuernavaca, decidió comprar un bello terreno en cierto sitio llamado Acatzingo. Y a la casa campestre que mandó construir allí, le dio el significativo nombre de "El Olvido".

XVI

VIDA EN MEXICO

UNA EXTRAÑA costumbre de Maximiliano causó asombro entre quienes conocían su vida privada. El Emperador se retiraba a dormir exactamente a las ocho de la noche, para levantarse en punto de las cuatro de la mañana.

A esa hora llamaba a su secretario y a los escribientes para despachar los asuntos del día. Dictaba cartas, firmaba documentos y determinaba en lo general sus planes cotidianos de trabajo. Proyectaba visitas a diversas instituciones públicas, de beneficencia o privadas, disponiendo repartos pecuniarios a los menesterosos que lo necesitaran. Con frecuencia, a esa hora temprana, se le ocurrían nuevas formas protocolarias para el ceremonial de la corte que tuvo siempre muy en cuenta durante su reinado, o ideaba lista de personas a quienes debía condecorar. No es improbable que en esas madrugadas haya estatuido la condecoración del Aguila Azteca; la de San Carlos para señoras, y la de Guadalupe, existente ya, pero en desuso cuando arribó a México.

A las siete terminaba el acuerdo e invariablemente salía a pasear a caballo en traje de charro de rica botonadura de plata y un fino sombrero gris galoneado y con barboquejo de oro. Muy atractivo, subyugante, seductor, recorría el Bosque de Chapultepec si estaba en la ciudad; o los alrededores de las haciendas y

poblaciones mexicanas que empezó a visitar dos o tres meses después de su llegada, residiendo en algunas de ellas por tiempo indefinido.

Volvía a las nueve, y a esa hora almorzaba, casi siempre en compañía de oficiales, chambelanes, ayudantes o amigos y cortesanos que estuviesen presentes, pues en lo privado, Maximiliano gustaba de abolir el protocolo y departir democrática y amablemente con todos.

Después del almuerzo concedía audiencias, las públicas dos veces por semana, las oficiales diariamente. Enseguida, hasta las cuatro de la tarde en que se servía la comida, se dedicaba a visitar escuelas, hospitales, prisiones y demás instituciones, para informarse de sus necesidades y atenderlas. Generalmente repartía dinero y regalos entre los niños, los enfermos o los presos, e imponía condecoraciones a los directores y jefes que se hubiesen hecho merecedores de ellas, confirmando así esa bondad que exhalaba de toda su persona y que, como es natural, le ganaba afectos y simpatía.

Cuando abandonaba alguna población que había visitado o en la que pasaba algunos días, casi siempre enviaba a la autoridad respectiva, una carta como la que sigue:

"Jalapilla, mayo 18 de 1865.

"Mi querido Prefecto Herrera:

"Al dejar la ciudad de Orizaba, llevo los más gratos recuerdos por la amable acogida que me ha hecho y por el buen sentir de sus habitantes. He querido por vuestro conducto reiterar mi cordial despedida y mis más sinceras gracias, ofreciendo volver con la Emperatriz a visitar otra vez esta hermosa ciudad.

"Como una muestra de mi gratitud por vuestros buenos servicios, os he nombrado caballero de la Orden de Guadalupe, y

para aliviar las necesidades de la población, le remito quinientos pesos que distribuiré en mi nombre.

"Reitero, mi querido Prefecto, los sentimientos de mi benevolencia.

Maximiliano".

Sólo cuando debía asistir a recepciones, bailes o fiestas, el Emperador se desvelaba hasta las once o doce de la noche y entonces el acuerdo con los secretarios era a las ocho de la mañana. Pero contra lo que es de suponerse por la pompa, el esplendor y la elegancia que rodean los retratos existentes de Maximiliano y su corte, al Monarca no le gustaba la vida palaciega ni el protocolo aparatoso de la corte, instituido en México de acuerdo con el de Viena. Asistía a los deslumbrantes bailes y saraos imperiales por cumplir con la etiqueta, pero los eludía cuantas veces le era posible, delegando en Carlota sus compromisos sociales de Soberano.

El día 6 de julio de 1865, por ejemplo, en que cumplió treinta y tres años, la ciudad de México se dispuso a celebrar la fecha y rendir a su Emperador un gran homenaje. Pero Maximiliano muy cortesmente se excusó de asistir, enviando en su lugar a Carlota que radiante y soberbia en su regio vestido de seda adornado de encajes y perlas, la diadema de diamantes sobre la negra cabellera, y en los hombros el rico manto imperial carmesí orlado de armiño, fue incluso a Catedral para recibir las bendiciones y felicitaciones del Arzobispo y los parabienes de los altos dignatarios eclesiásticos. Sentada en el suntuoso trono erigido a la vera del altar mayor, asistió al *Te Deum* y al *Domine Salvum Fac Imperatorum* que se entonaban en honor de su ausente consorte. Y más tarde, desde el balcón central de Palacio tuvo que agradecer a la multitud los vivas al Emperador, las mañanitas de las or-

questas populares que ya se empezaban a conocer con el nombre de "mariachis" porque tocaban en los "mariages" franceses; las felicitaciones, en fin, de pueblo y cortesanos, dedicadas por su conducto al homenajeado.

Entre tanto, Maximiliano reposaba en la suave quietud de Chapultepec, fumando su imprescindible tabaco habano al que era muy afecto, leyendo poesías francesas o asomándose de vez en cuando a las terrazas del Castillo desde donde, a través de la densa arboleda, se percibía el impreciso caserío de la Capital en fiesta, una fiesta que se celebraba sin la presencia del festejado.

Muchas veces Carlota reemplazó así al Emperador en sus deberes oficiales y sociales. Para cumplir con la sociedad mexicana que se desvivía por el boato del Imperio, acordaron ambos estatuir la costumbre de que Carlota diera una recepción semanal en Palacio, haciendo los honores en nombre propio y en el del Emperador. Esas reuniones a las que concurrían las más altas figuras del partido conservador y monárquico, fueron conocidas como "Los lunes de la Emperatriz", a imitación de las que con el mismo nombre ofrecía Eugenia en las Tullerías.

De esa manera la arrogante Carlota se enteró pronto que sus sueños de poder y de gloria eran irrealizables y que su trono vacilaba cada vez más a la vista de negros nubarrones de tormenta. Cuando la situación de los Emperadores se tornó por demás grave con la evacuación de las primeras tropas francesas en julio de 1866, fue Carlota la que decidió que ella iría a Europa a solicitar, a exigir acaso el auxilio de Napoleón III que ya para entonces había determinado desistir de su aventura de México y que, naturalmente, negaría toda ayuda.

Carlota partió de México el 9 de julio de 1866 y embarcó en Veracruz el 13 de ese mismo mes en el vapor francés *Emperatriz Eugenia*, nombre que le recordaba amargamente a Carlota el de

la ex-condesa española, esposa de Napoleón, que tanto había influido, por sus secretas ambiciones, a la intervención francesa en México.

Iba a Francia para no volver más y habría de encontrar en las cortes europeas que recorrió, la más cruel indiferencia hacia su perdida causa.

Relatan las crónicas que ya desde su viaje de México a Veracruz, Carlota tuvo actitudes extrañas y anormales. Sus damas de honor y todos sus acompañantes que iban con ella en el viaje, se mostraron asombrados de sus rarezas, sin sospechar siquiera que constituían el principio de su futura locura. Pernoctando en Puebla, se levantó súbitamente a media noche para ir a tocar en casa del antiguo prefecto imperial, Sr. Esteva, que ocupaba entonces otro cargo en Veracruz. Con inusitada violencia y agitación para una persona de su finura, se hizo abrir la desierta casa, recorrió una a una las habitaciones vacías con paso precipitado y nervioso, examinando muros, techos y pisos con flameantes miradas, y luego volvió a su alojamiento sin explicar su extraña conducta. En Veracruz, asimismo, hubo estupor cuando la Emperatriz se mostró iracunda y se detuvo en seco, como espantada, al querer trasladarla al trasatlántico en una lancha con bandera francesa. Exigió destempladamente el cambio del pabellón por el mexicano; y con verdadera furia recriminó a los oficiales de su séquito por aquel error que en el concepto de quienes presenciaron la escena, carecía de importancia.

Así empezaba la tragedia de la Emperatriz de México que sobrevivió a su marido sesenta largos años hasta 1927 en que murió sin emerger jamás a la razón.

No volvería a ver a Maximiliano, ni regresaría a México ya. Tampoco hay la seguridad que su extravío le permitiese conocer

la muerte del Emperador. Para junio de 1867 en que se le fusiló en Querétaro, Carlota estaba loca y cumplía ya con su cruento destino de personaje de tragedia.

Es por ello que hoy suena tan cruel aquel corrido burlesco que le dedicó el vulgo a su partida:

La barca en los mares
botando cual pelota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

XVII

UN EMPERADOR MEXICANO Y LIBERAL

SÓLO UNA ceremonia oficial no eludió nunca Maximiliano durante su efímero reinado de tres años: la celebración de la Independencia cada dieciséis de septiembre que pasó en México.

Parecía una ironía, un sarcasmo para quienes no conocieran la buena fe rayana en ingenuidad que animaba siempre los actos del Soberano austriaco. El, un príncipe extranjero, impuesto por monarca de otro país y sostenido en el trono por soldados franceses, no dejó de conmemorar con rumbosas fiestas, *Te Deums* en Catedral, desfiles militares, salvas de artillería, juegos pirotécnicos y festejos de toda especie, la fecha patriótica que marcaba el grito de emancipación de Hidalgo, sacrificado por aspirar a la libertad y a la soberanía de México.

Carlota, por su parte, encontrándose en Miramar en septiembre de 1866 cuando fue a Europa a tratar de salvar el perdido Imperio, conmemoró el 16, a pesar de que ya presentaba síntomas inequívocos de locura.

En apariencia, aquello era una grotesca farsa, una flagrante burla. Pero en el fondo, Maximiliano, por extraño que parezca, obraba con sinceridad. Creía firmemente que al renunciar a sus derechos reales de Austria, adoptar la ciudadanía del país por él

gobernado y aceptar su corona, su nueva patria era México, y él un monarca mexicano llamado a salvarlo y redimirlo.

Sólo así se explica su renuencia a abdicar y a huir del caldoso de Querétaro cuando le sobraron oportunidades para hacerlo. Sólo así se concibe también el hecho de que en una de sus visitas a la Academia de Bellas Artes de San Carlos, haya ideado e incluso ordenado a un arquitecto de nombre Rodríguez —aunque el proyecto no se llevase a cabo—, un monumento a los héroes de la Independencia, consistente en una alta columna de mármol blanco rematada por el águila imperial y llevando en su base las estatuas de los padres de la patria.

El primer año de 1864 conmemoró la fecha de la patria en Dolores Hidalgo, en la propia cuna de la Independencia; y los dos subsecuentes en el Palacio de México que después de su muerte, al triunfo de la República, volvería a llamarse Nacional y desde donde los futuros Presidentes repetirían la ceremonia del "Grito".

Actos como ése pintan al hombre que vino a reinar en México. No había en él malicias, ni suspicacias, ni torvas sinuosidades. Su corazón era puro y sano como el de un niño. Era casi un cándido, un iluso con un trágico desconocimiento de los hombres y sus reacciones. Su voluntad estaba regida por impulsos netamente sentimentales, y creía que aún siendo extranjero, bastaba con sentirse mexicano para serlo; y que al identificarse con el país celebrando su Independencia en traje de general mexicano, hasta los republicanos lo considerarían, no como un intruso europeo, sino como un gobernante de México y para México, saturado de bondad y nobleza, e impelido por la más pura de las intenciones.

De ahí su preocupación para fundar una dinastía que, al no poder crearla él mismo por carecer de hijos, la delegó en el pequeño Agustín, nieto del Emperador Iturbide, habiendo para el

caso, concedido a su madre, doña Josefa, única hija superviviente del consumidor de la Independencia, el rango de princesa real mexicana.

De ahí también su anhelo constante, su persistencia de atraerse a los liberales en busca de una coalición monárquico-república. Sus cartas, sus mensajes a Juárez invitándolo a presidir su gabinete en calidad de Primer Ministro, comprueban que en el alma de Maximiliano alentaba un sentimiento de amor y de concordia; y que, en espíritu, creía ser tan mexicano como los mismos que lo combatían, pues que al llamarlos a su lado, lo hacía inspirado en el ferviente deseo de dar paz, bienestar y felicidad a México.

Sus tentativas, naturalmente, se estrellaron. La contestación que le envió Juárez a su carta escrita en la fragata *Novara* que lo trajo a México, era contundente, como lo fueron otras posteriores. "El y doña Carlota", replicaba el Patricio, eran los representantes de una intervención en un país libre. "Es dado al hombre, Señor —continuaba—, atacar los derechos ajenos, apoderarse de sus bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la Historia. Ella nos juzgará".

Desde los principios de su reinado se percibe en Maximiliano una tendencia a preferir a los liberales por sus ideas avanzadas y progresistas, más que a los conservadores a quienes llamaba "vieilles perruques". Y cuando muchos mexicanos solicitaban entrar en su servicio, aduciendo para lograrlo, que descendían de rancias aristocracias europeas, el Soberano los rechazaba con inequívoco desdén.

Nombró Ministro de Relaciones Exteriores, a don Fernando Ramírez, reconocido abogado liberal. Y en un Consejo de Estado

que formó para la redacción de leyes, reglamentos y determinaciones gubernamentales, figuraba como Presidente un connotado republicano, don José María Lacunza. En repetidas ocasiones luchó por congraciarse con los del partido opuesto, acogiendo a hombres como el general neoleonés Vidaurri que se pronunció por el Imperio. Al general Porfirio Díaz le escribió en 1867 ofreciéndole el mando del ejército mexicano imperialista a su salida para Querétaro. Y cuando padeció de una enfermedad del hígado y lo atacaba una fiebre palúdica contraída en uno de sus constantes viajes a tierra caliente, insistió hasta lograrlo que el Dr. Rafael Lucio, republicano cien por ciento, lo atendiera en lugar de su médico de cabecera, el austriaco Dr. Semeleder.

Con ello sobrevino, obviamente, el divorcio paulatino de los mismos que lo habían traído al poder. Y en cuanto a los clericales que habían sido los principales instigadores de la instauración de una monarquía extranjera en México para contrarrestar las drásticas disposiciones de la Reforma, no podían comprender aquella extraña actitud del Emperador en quien habían imaginado un apoyo inmediato a sus reclamaciones.

El 7 de diciembre de 1864, Monseñor Meglia, Nuncio Apostólico de Su Santidad Pío IX, llegó a la capital mexicana para entrevistarse con el Emperador, quien en casi seis meses de reinado, nada definitivo había hecho en favor de la Iglesia.

Por su conducto, el Pontífice pedía formalmente que "la religión católica, con exclusión de todo otro culto disidente, siguiera siendo gloria y sostén de la nación mexicana; que los obispos fuesen completamente libres en el ejercicio de su ministerio postoral; que las órdenes religiosas fuesen restablecidas y reorganizadas, y el patrimonio de la Iglesia puesto a salvo y protegido; que nadie obtuviese la facultad de enseñar y publicar máximas falsas y sub-

versivas; y que la enseñanza pública o privada fuese vigilada por las autoridades eclesiásticas".

Es decir, que la Iglesia volviese a tener el mismo predominio que antes de la Reforma, que se le restituyesen sus bienes y se le devolviesen sus perdidos fueros.

Y como Maximiliano, a pesar de ser un buen católico, de profesar la fe cristiana y permitir los cultos, no accedió a las demandas del Nuncio, pues hay la certeza de que en lo íntimo apoyaba, como Juárez, la separación de la Iglesia y el Estado, Monseñor Meglia regresó a Roma, dando un informe bien desfavorable para el Emperador. En una nota oficial al Ministro Escudero, acusó al gobierno imperial de "pretender consumir la obra iniciada por Juárez".

Ese fue el motivo principal por el que Pío IX nunca concedió el solicitado Concordato y la causa de que Carlota, al acudir a él en septiembre de 1866, confiando en conseguir su ayuda para salvar el Imperio, se encontró con una cristiana y benévola pero firme negativa que constituyó un golpe de muerte para ella y fue la confirmación de su trágica locura.

La Emperatriz de México fue la única mujer hasta esa fecha, a quien se dio albergue en el Vaticano, pues su estado mental era tan grave después de la entrevista con el Papa, que no pudo trasladársela a su alojamiento de Roma.

Así habrían de empezar para Maximiliano las múltiples dificultades que obstruyeron su reinado, desde su iniciación en junio de 1864, hasta la catástrofe final de Querétaro, tres años más tarde.